

explosivo éxito de *Cien años de soledad* y la instalación de su autor en Barcelona.

Cabe destacar el enorme esfuerzo de documentación que ha exigido una pesquisa como la examinada, dificultad añadida a las ya enumeradas: la biografía de un personaje vivo. En efecto, muchos documentos esenciales permanecen aún embargados y los investigadores no podrán consultarlos sino dentro de algunas décadas. En compensación, están vivos muchos

de los personajes decisivos que desfilan por estas páginas, como su *alter ego*, Álvaro Mutis.

Se anuncia una continuación de la biografía, siempre a la caza de una vida que proyecta sus días hacia el futuro. Si la vida es una parábola, sólo se cierra con la muerte, pero los límites laterales de esa parábola son difíciles de precisar y en cualquier hombre caben todos los hombres.

B.M.

Agenda

Encuentro de la Cultura Cubana

Con el número de invierno 1996/1997, llega a su tercera entrega la revista *Encuentro de la Cultura Cubana*, que edita en Madrid la Asociación Encuentro de la Cultura Cubana. La dirige Jesús Díaz y actúan en su *staff* Pío Serrano (director adjunto), Carlos Cabrera (secretario de redacción) y Felipe Lázaro (secretario general).

Ante los extremos dramáticos que condicionan actualmente la vida cultural cubana (restricciones económicas y políticas en el interior, exilio en el exterior) contar con un espacio como éste colabora tanto para dar cabida a textos impublishables en la isla, como para conectar a los de dentro y los de fuera, en un esfuerzo por superar la escisión impuesta por el vigente régimen cubano.

Encuentro no se propone como la voz de una bandería sino como la pluralidad de voces de la cubanidad cultural, a la que se unen los trabajos de especialistas sobre economía, política, diplomacia, letras, pensamiento, etc. que se vinculan con la realidad cubana.

Firmas del destierro (Gastón Baquero, Enrico Mario Santí, José Kozar, Antonio Benítez Rojo) se encuentran con otras que consiguen evadir la censura (Pedro Marqués de Armas, Rolando Sánchez Mejías, Omar Pérez), al tiempo que se rinde homenaje a personalidades consagradas como el fallecido Eliseo Diego. A ella cabe añadir la colaboración de españoles que abordan temática cubana, como el economista Carlos Solchaga y el poeta y ensayista Pere Gimferrer.

Encontrarse, escucharse, dialogar en libertad, interpelarse, son ideales a conseguir en un futuro que cabe esperar próximo para to-

dos los cubanos. Empeños como el que ahora se comenta con su anuncio y el primer esbozo de su realización.

El fondo de la maleta

El Grupo 47

Hace cincuenta años, unos jóvenes intelectuales alemanes se agrupaban en torno a una fecha. A la distancia de medio siglo, el grupo parece heterogéneo: la historia nos va diferenciando. Los más notorios, Henrich Böll (Premio Nobel) y Günther Grass, son bien conocidos por los lectores de nuestra lengua. Los demás, han llegado de modo irregular o especializado: el poeta Paul Celan, el crítico Marcel Reich-Ranicki, Ilse Aichinger, Walter Jens, Erich Fried. Entre la periferia del grupo y las ausencias que aquejan a cualquier lista, la enumeración es injusta.

Ese mismo año, en Estados Unidos, Thomas Mann publicaba *Doktor Faustus*, alegoría de una Alemania filosófica y musical cuyo ensimismamiento, apasionamiento por la abstracción e inhumanidad conducían al nazismo. Desde la lejanía, Mann veía a Alemania como una sociedad que debía autoflagelarse ante el muro y pagar la tremenda responsabilidad de la catástrofe de 1939-1945.

En el otro extremo, intelectuales como Ernst Jünger rescataban para Alemania un ambicioso aunque

abstracto humanismo. No todo lo alemán era nazi y, frente al espectáculo de un país arrasado, ruinoso y víctima de una extraña necesidad de humillante autodestrucción, valía la pena rescatar a la «otra» Alemania, más allá de cualquier división administrada por los vencedores de la guerra.

Pacifistas, democráticos, más o menos socialistas, los escritores del Grupo 47 se propusieron examinar el pasado fascista de Alemania. Consideraban que sin un hondo ejercicio de análisis, el fantasma de Hitler podía volver a encarnarse. Cristianos como Böll, anarcoides como Grass, nihilistas como Celan, escépticos como Reich-Ranicki, los unía su falta de obra (léase: juventud) y la común necesidad de construir un país sobre las ruinas del otro.

En ese momento (albores de la era Adenauer y del milagro Erhard) los intelectuales importaban apenas nada en Alemania. Gran parte de ellos había pasado el nazismo en el exilio y perdido sus contactos con el país real. Los simpatizantes del régimen caído, callaban. Los del exilio interior tenían

poco que decir, aparte del digno silencio guardado ante el tirano.

El gran momento del 47 fue la década del 60, con Grass reuniendo firmas a favor del voto socialdemócrata: entre el capitalismo y el comunismo, Alemania volvía a ser el medio justo, una propuesta de encuentro dirigida a las dos mitades del mundo y del país. Mayo del 68 sorprendió a los maduros y famosos del 47: la juventud salía a la calle, pero no con elaboradas consignas socialdemocráticas, sino con rudas propuestas libertarias.

Viejos, desaparecidos, perplejos ante el vuelco que ha dado el mundo a partir de un emblema

alemán (la caída del muro berlinés), los intelectuales del 47 asisten al ocaso de las doctrinas, la liquidación de los sistemas ideológicos y un amable y vago reflujo de las izquierdas, que tampoco significa un apasionado amanecer de las derechas. Las ideas han vuelto a perder importancia, también en esa patria de las grandes ideas occidentales que es Alemania.

El Grupo del 47 hizo su historia, y la Historia lo ha hecho, deshecho y rehecho. Más no podían esperar aquellos muchachos de la angustiosa posguerra, aunque no sabían lo que les esperaba.

El doble fondo

Fin de siglo y noventayocho

Las diferencias entre el 98 del siglo pasado y el que se acerca son notables, y sin embargo puede observarse una simetría inversa. La pérdida de Cuba supuso para los escritores de la época —y no sólo para ellos sino para la conciencia histórica del momento— un replanteamiento de la identidad española y su destino; también: una mirada crítica y revisionista sobre qué habíamos sido. En alguna medida fue la visión crítica e ilustrada que no tuvo nuestro siglo XVIII, pero fue algo más y que quizás caló más hondo: la pérdida de la guerra y la estricta delimitación geográfica de nuestro país como europeo

provocó un estado de ánimo a un tiempo melancólico e iracundo. Al pasar de algunos años, aquellos escritores letraheridos por España se definirían como francófilos o germanófilos, con sus correspondientes fobias en cada caso. Había que regenerar y revisar España: sacarla del anquilosamiento y acercarla a los avances científicos europeos. En cuanto a América, en el mejor de los casos fue vista como proyección de la hispanidad, herencia que recogería la generación de 27, que, aunque mucho más vinculada, por gusto y por accidente, a la cultura latinoamericana (y estadounidense) no salió, salvo excepción,

de ver lo americano con la fascinación de encontrar que la lengua hacía familiar lo distinto. Faltó lo que algunos vieron más tarde: ver la lengua como productora de diferencia o si se quiere de alteridad. Pero quizás no fue el momento: los exilios son generadores de obsesiones y paranoias que se diferencian de las patológicas en que son reales; no se puede suprimir la realidad. Los escritores y artistas del 98 eran herederos de un siglo pobre intelectualmente hablando, aunque muy rico en agitaciones y tentativas políticas. Los actuales, apoyados en el pretil ya del siglo que se inicia, son herederos de un siglo de inusitada riqueza, que engloba a aquellos hombres y mujeres que se preguntaron por el qué, cómo y a dónde de los españoles y de España.

Los noventayochistas estaban ante un «desastre», ocasionado por una pérdida; nosotros, con la incorporación a la Europa comunitaria, ante una «restauración» y un proyecto: acentuamos con nuestra pertenencia formal y política lo que de una manera problemática nunca hemos dejado de ser: europeos. Sólo que esa aparente identidad (ser europeos) es en realidad un proyecto de convivencia y una crítica de los nacionalismos. Una crítica y una respuesta. Ahora bien, los españoles, sin dejar de ser europeos, no podemos dar la espalda a Amé-

rica: no sólo forma parte de nuestro pasado desde 1492 sino que, gracias a la unidad de la lengua y a las instituciones vinculantes entre los países latinoamericanos y España, supone un desafío irrenunciable: no podemos dejar de pensar ni de pensarnos sin tener en cuenta lo que se siente y se piensa en la totalidad de nuestra lengua. El olvido de esta complejidad y su reducción a una parcela, especie de mónada que se satisface de una esencia cada vez más estéril, es una actitud practicada en algunos sectores de nuestras letras. Pero tener como conciencia la amplitud de nuestra lengua no basta porque su radicalidad ha de ser translingüística: lo que dice es universal. Es decir que ha de tener lo universal como horizonte de sus meditaciones y problemas concretos.

Lo que nos puede aportar nuestra cada día mayor vinculación a una Europa crítica e ilustrada, democrática y abierta, es ver nuestra vinculación latinoamericana con otros ojos. No hemos podido hasta ahora verlos con los nuestros porque lo eran demasiado. Quizás ahora comenzamos a comprender y a sentir que no hablamos solos sino que otros hablan cuando hablamos y que oír esa palabra (tan entrañable como extraña) es fundamental para el presente y el futuro de nuestra política y nuestras letras.